

UNIVERSIDAD Y HUMANIZACIÓN DE LA CIENCIA Y LA RAZÓN

Luis Ugalde s.j.

Febrero de 2008

Si las universidades de inspiración cristiana no cultiváramos los saberes, las ciencias y las tecnologías basadas en la razón, no seríamos universidades. Y si no fuéramos capaces de discernir entre aplicaciones humanas y antihumanas de esos saberes, sería vacía e intrascendente nuestra inspiración cristiana.

Para discernir se requiere aceptar la necesidad de discernimiento, es decir que la razón no produce unívocamente el bien, sino que sus avances multiplican y sofistican también las posibilidades del mal, de la miseria y de la dominación humanas. Los avances de la razón no traen unívocamente el progreso en el mundo.

Así mismo, para discernir es necesario no absolutizar, ni adorar los productos de la razón, sino examinarlos a la luz de la afirmación absoluta de la dignidad humana. Jesús fue acusado por haber violado lo que para un piadoso judío era sagrado, el sábado consagrado al Señor. A lo que Jesús respondió con una frase clave para ordenar según Dios los medios y los instrumentos favor de la vida humana: *“No es el hombre (hombres y mujeres) para el sábado sino el sábado para el hombre”* (Mc. 2, 27). Jesús, la verdad de Dios hecho hombre, pone en cuestión el adecuado uso de los instrumentos humanos, aun aquellos que eran sagrados para un fervoroso observante de la Ley de Moisés. Entre los ritos y la vida humana que Dios afirma hay la infinita distancia que hay entre el fin y los medios. Esta es la fuente de la libertad y de la irreverencia de Jesús en los casos en que la manera de usar los instrumentos se vuelve contra el fin: afirmar la vida humana como sagrada.

No es sólo el rito religioso el que a veces se antepone a la afirmación y cuidado del hombre herido. Para explicarlo más ampliamente Jesús inventó la “parábola del samaritano” y en otros momentos señaló a la riqueza y al poder como señores de este mundo que disputan su lugar a Dios y en consecuencia oprimen al hombre: *“Sabén que entre los paganos los que son tenidos por gobernantes dominan a las naciones como si fueran sus dueños y los poderosos imponen su autoridad. No será así entre ustedes...”* (Marcos 10,42-45)

Poder no sólo es el poder político, sino “poderoso caballero es don dinero”. Ya lo era en tiempo de Jesús y más lo es en nuestra cultura economicista. También Jesús nos puso el dilema: *“Nadie puede servir a dos señores...No pueden servir a Dios y al dinero”* (Mateo

6,24). O sea que el dinero con frecuencia señorea e instrumentaliza a las personas. Para que no ocurra así hay que relativizar el dinero a su condición de medio, discernir, y organizar la sociedad y sus instituciones de manera que se impida la conversión del hombre-fin en simple medio para la acumulación de poder. Para los que adoran al dinero como absoluto, Dios se convierte en instrumento y a sus ministros se les pide su dócil bendición de la acumulación, aun cuando ésta sea inhumana.

Las universidades son fuentes excepcionales de incremento de ciencia y de tecnología y quienes de ellas egresan están mejor preparados para tener más poder en la sociedad. ¿Lo están para tener más discernimiento? La pregunta es si los egresados están preparados para que usen los saberes para convertir el poder en un instrumento de servicio a la humanización. Así es indispensable preguntarnos qué hacemos en nuestras universidades de inspiración cristiana para incrementar la capacidad del buen uso humanizador de la razón, de la ciencia, de la tecnología y del poder e interrogarnos si los graduados salen con la voluntad de usar sus capacidades universitarias para crear un mundo más justo y de oportunidades de vida digna para todos. Jesús dice que donde está tu tesoro allá está tu corazón. Al final son los afectos los que deciden cuál es nuestra apuesta en la vida. ¿Forma bien una universidad que no cultiva los afectos que deciden el rumbo de nuestras vidas?

Lógicamente, esta es sólo una responsabilidad individual, sino un planteamiento colectivo de las universidades y que se coloca en el centro del modo de ser universidad y nos lleva a preguntarnos qué universidad queremos para qué sociedad.

No es posible crear sociedades alternativas volviendo la espalda a las capacidades científicas, tecnológicas, empresariales que hay en un país y sus condicionamientos y circunstancias en un mundo globalizado. Peo tampoco lo es sin la formación de una cultura adecuada para los cambios y un corazón con convicciones y empeño decidido. Lo difícil es asumir todo ello desde dentro de manera que nos lleve al compromiso con la justicia social, la inclusión y la paz nacional e internacional para que todos tengan vida y dignidad.

Uno de los fundadores de la Bioética Van Rensselear Potter escribió hace unos años: *“La humanidad tiene la urgente necesidad de una nueva sabiduría que ha de proveer el conocimiento sobre cómo usar el conocimiento para la supervivencia del hombre y para mejorar la calidad de vida”*. Cada año que pasa se hace más evidente esta necesidad y el desequilibrio entre los avances de la ciencia y la tecnología por un lado y la debilidad de la conciencia humana y de la sabiduría para usarlos en defensa de la vida y su calidad.

Quisiera compartir con ustedes algunas reflexiones que no son exclusivas de los cristianos, sino de toda persona sensata que mira sin prejuicios el desequilibrio de un mundo de impresionante desarrollo instrumental y material y con tanta debilidad para ordenarlo al bien de la dignidad humana de todos. Esta creciente preocupación se acentúa cuando vemos que es cada vez mayor la capacidad destructiva de la humanidad, de volver invivible su hábitat y la capacidad de agotar recursos vitales como el agua y la energía. Con la sola lógica del poder y de la ganancia económica no puede corregirse el rumbo negativo.

I. EL PROBLEMA DE LA RAZÓN REDUCTIVA

Las universidades se han consolidado en los dos últimos siglos como las catedrales de la razón. Grandes presupuestos nacionales y familiares se dedican para que los jóvenes salgan de ellas consagrados como sacerdotes de la religión de la razón. Es un logro lleno de ambigüedades que requiere hoy reflexión crítica sobre la identidad de las universidades y de la razón que se cultiva en ellas.

Benedicto XVI invita a *“hacer ciencia en el horizonte de una racionalidad verdadera, diversa de la que hoy domina ampliamente”* (Cfr. Citado por de Mons. Michael Millar. Ver UCActualidad. Publicación de Pontificia Universidad Católica Argentina añoVI, N.87, 2006, p.9)). Racionalidad que domina la universidad y la sociedad moderna, tan llena de irracionalidades.

El concepto católico de la verdad no comprende meramente la razón positivista, ni sólo la dimensión cognitiva. Para nosotros la universidad no es sólo para conocer la verdad, sino también para aprender a hacer el bien con la verdad conocida. Es en la sociedad donde podemos apreciar si la razón, de manera unívoca y necesaria, va desarrollando el bien para que el disfrute de la dignidad humana sea asequible a toda la humanidad. Para el iluminismo es innecesaria esta pregunta, pues del recto conocimiento se sigue el bien y la gente hace el mal por ignorancia.

Sentimos que la historia contemporánea con guerras sofisticadas como nunca antes y dirigidas por las potencias técnicamente más avanzadas, demuestra que la razón aumenta también la capacidad destructiva de la aplicación científica y tecnológica. La sociedad no la hace la razón sino que la voluntad humana es la que decide su aplicación.

Esto nos obliga a las universidades a plantearnos la integralidad del conocimiento humano, más allá del reduccionismo racionalista-positivista y también a preguntarnos sobre la integralidad de la formación-acción de la persona universitaria, que comprende su entendimiento, voluntad, afectos y acción. ¿En qué grado es humanamente razonable la sociedad configurada por la modernidad racionalista?

El centro de la famosa clase del papa Benedicto XVI en la Universidad de Ratisbona hace dos años, que desató tanta polémica en relación al Islam, era el reduccionismo racionalista en Occidente, es decir la mutilación de la razón humana. Nosotros no queremos pertenecer a una universidad mutilada y por eso queremos entender dónde se produce la reducción de las personas y sociedades y el modo de evitarla.

Dos son básicamente las mutilaciones 1) reducir la razón a un conocimiento positivista e instrumental, excluyendo la comprensión de dimensiones vitales de la persona humana y 2)

separar el conocimiento de la acción humanizadora y la universidad de su misión responsable y transformadora de la sociedad.

Para nosotros sería reduccionismo limitar el cristianismo a un pietismo de una fe que prescinde de la razón, o a un espiritualismo con una fe incapaz de actuar en la sociedad movida por el amor para transformarla en una realidad más justa y humana.

1- Las Preguntas

En términos cristianos hay dos grandes batallas que se remontan dos mil años, pero que con la modernidad (y en los tiempos postmodernos) se vuelven particularmente agudas y determinantes: Fe-Amor y Razón y Fe-Amor y Justicia.

El cristianismo en Occidente fue retado hace un par de siglos por una Razón excluyente y con pretensión de ser omnicomprensiva. En los días de la Revolución Francesa había que entronizar la Razón, desterrando el oscurantismo de la religión. Fe y Razón, Fe y Ciencia eran presentadas como excluyentes y para muchos iluministas su relación era entre la noche oscura de la religión y el amanecer radiante que la disipa y remplaza. El conocimiento iba inseparablemente unido al bienhacer.

Años más adelante los hijos rebeldes de ese mismo racionalismo veían el divorcio entre conocimiento y bien en la sociedad y dijeron que el reto de la humanidad lacerada por la miseria del proletariado, no era conocer el mundo, sino transformarlo para hacerlo plenamente humano. La alienación no era mental, ni de simple idea equivocada, sino que estaba en la realidad social, determinada por una base material, una economía que hacía a unos opulentos, mientras que la mayoría era condenada a la miseria, por la apropiación de su producción por aquellos pocos. El racionalismo materialista descubría las leyes de la alienación incrustadas en el proceso productivo, y la liberación vendría por la toma del poder de las mayorías y la eliminación de la fuente misma de la alienación humana implantada en la economía, que era la propiedad privada de los medios de producción. Ese era el modo de saltar de la injusticia a la liberación, hacia la plena dignidad humana colectiva y, por ende, personal. De nuevo aquí la religión era un estorbo, era el opio que adormece, el suspiro en la miseria que proyecta en otro mundo la justicia, la igualdad y la liberación que hay que hacerlas realidad en éste(Cfr. Carlos Marx Crítica de la Filosofía del Derecho). De acuerdo a esto, un mundo justo, necesariamente tiene que ser ateo.

Así llegamos al umbral del siglo XX con los dos retos que afirman la incompatibilidad de la fe con la razón y la ciencia por un lado, y la imposibilidad de crear un mundo justo mientras haya religión, o, dicho de otra manera, la extinción de la religión en un mundo justo, donde ya no habrá ni suspiro, ni hará falta opio para adormecer y mitigar los dolores de la miseria humana.

La Iglesia aceptó estos dos retos y no renunció a su papel en este mundo moderno, emancipado de su tutelaje. En la Universidad Católica y en la Sociedad ella afirma, sin

imponer, la convivencia, y la mutua necesidad y exigencia entre razón y fe, entre justicia y fe.

Hoy ante un mundo moderno y postmoderno poco justo y razonable, aunque con desarrollos instrumentales que parecieran ser muy capaces de lograr las dos cosas, la Universidad se pregunta por qué no las logra.

Benedicto XVI en la conferencia en Ratisbona (que fue sacada de su centro para la polémica del Islam), señala que el reduccionismo reside en el positivismo que lleva a “*entender cómo funciona la materia y cómo es posible usarla eficazmente*”. Su método como tal excluye el problema de Dios “*como un problema acientífico o precientífico*”. Nosotros añadiríamos que ese tipo de racionalidad también excluye el problema del corazón y de la conducta humana que pueden usar los instrumentos racionales para hacer un mundo más humano o para destruirlo e inhumanizarlo.

El profesor Ratzinger en Ratisbona puntualiza: “*Mi intención no es el reduccionismo o la crítica negativa, sino ampliar nuestro concepto de razón y su aplicación*”. No estamos contra la razón, sino que buscamos su comprensión más amplia y abierta a la integralidad del misterio humano y a su aplicación para hacer del mundo un lugar para la dignidad de hombres y mujeres.

Cuando al comienzo del Evangelio de Juan se nos dice que el Verbo es Logos, Razón y Palabra (Juan 1,1) y la primera carta de Juan afirma que Dios es Amor (1 Juan 4,1-8) no se nos habla de dos realidades opuestas y excluyentes, sino de una más amplia Dios-Amor, que incluye la razón instrumental y positivista, sin reducirse a ella, ni absolutizarla, sino que guía su aplicación para dar vida y no para producir muerte.

Hoy la Universidad de manera amplia y plural debe abrir el debate sobre la esencial ambigüedad de la aplicación de la razón. Ni implícita, ni explícitamente se puede defender que el mal solo es causado por la ignorancia y que toda persona ilustrada, siempre hará el bien. Lamentablemente esta promesa-profecía, luego de dos siglos de predominio, no resiste un examen de sus resultados.

La razón instrumental positivista desarrolla una ciencia y tecnología maravillosas, que constitutivamente se prestan a ser instrumentos al servicio de la humanización, pero si la mente humana y la sociedad absolutizan su condición relativa, reducen a los hombres y mujeres a lo medible, a lo útil y los convierten en instrumentos. En un enfoque positivista reductivo, ni el misterio humano tiene cabida, ni la ética tiene sustento. ¿Cómo podríamos fundamentar la afirmación de que el pobre, débil, enfermo e “inútil”, tienen la misma dignidad que el poderoso y el rico? ¿Cómo sustentar que dar la vida por otro no es perderla, sino ganarla? ¿Qué razón positivista nos explicará que el yo no puede encontrarse, sino saliendo de sí y perdiéndose en el otro para hallarse en el nos-otros? ¿Cómo defender que el avance tecnológico que revoluciona la computadora o el celular no es más importante que

mil vidas “inútiles”? ¿Por qué la apropiación de unos pozos petroleros no merece una guerra, aun a costa de la muerte de 100.000 personas de menor valor e importancia?

Hace un par de meses el Papa en la fiesta de Santo Tomás de Aquino, dijo: *“La tendencia a considerar verdadero sólo lo que se puede experimentar constituye una limitación de la razón humana y produce una terrible esquizofrenia, en la que viven racionalismo y materialismo, hipertecnología e instinto desenfrenado”* (Benedicto XVI Citado en El Universal de Caracas 29-01-07 p.1-17)

En este contexto nos preguntamos: ¿La Universidad incluye sólo la inteligencia o también la voluntad, sólo los saberes y conocimientos o también la sabiduría de utilizarlos para la vida y el bien?; ¿sólo enseña a conocer el bien o también forma la voluntad y el afecto para hacerlo con la verdad conocida? ¿Se puede cultivar el mundo de las leyes científicas y dejar las otras dimensiones humanas a la subjetividad de cada uno, o son necesarios foros públicos permanentes donde se intercambien ideas y convicciones y sean cultivadas, sin imponerlas a la fuerza? ¿Quién es el que aplica la ciencia y la tecnología o quién decide sobre su aplicación? ¿No son, entre otras, las universidades las llamadas a ser estos foros abiertos y críticos?

Si en las sociedades y economías el uso eficaz de la razón instrumental pone todo el talento universitario dócilmente en manos de una cultura utilitaria y una eficacia economicista, las personas tanto cuentan cuanto sean capaces de consumir y producir. No es sorprendente la analogía con una granja eficaz.

Ciertamente es un bien para la persona y la sociedad una Universidad Católica que se asume como tal, en rebeldía ante los reduccionismos personales y sociales. No lo hacemos por rutina, ni por tradición o porque todavía no hemos tenido, ni el tiempo, ni la audacia de quitar el letrero de “católica” a una universidad que se basta sin ese adjetivo. Lo hacemos porque el imperialismo de la razón instrumental y positivista ya no es una promesa liberadora, sino una realidad ambigua que también produce frutos de opresión, que están a la vista en el mundo y en cualquiera de nuestros países y necesitan discernimiento cuidadoso.

II. LOS FRUTOS DE LA RAZÓN INSTRUMENTAL

Occidente lleva más de dos siglos de ciencia y de razón. Ya no son promesas (sobre todo en los países que encabezan el desarrollo científico-tecnológico y económico), sino realidades cuyos logros y límites están a la vista. Las sociedades de dictadura comunista tuvieron su oportunidad y se derrumbaron a sí mismas, tras más de medio siglo de dominio total. Por eso ya no se puede hablar de socialismo con ingenuidad e idealismo, como si nada hubiera ocurrido en la historia del siglo XX, o como si sus promesas no hubieran sido sometidas al examen de las realidades y de los logros. Así mismo hay que evaluar y confrontar también los resultados con las promesas de la modernidad racionalista en su versión más capitalista.

Mencionemos algunos:

1- Avances de la ciencia y de la tecnología.

Gracias a la razón, en esta “era del conocimiento” los avances de la ciencia y de la tecnología son realmente prodigiosos e ilimitados y sus aplicaciones han transformado el mundo material y cultural.

2- Evidencia empírica de la insuficiencia del conocimiento “ilustrado” para hacer el bien.

Las guerras más espantosas y destructivas de la humanidad se hicieron en Europa en el siglo XX, promovidas por los países más modernos y de avanzada racionalidad instrumental, lo que evidencia la ambigüedad de ésta.

No es sólo una idea religiosa de S. Pablo (y también de otros pensadores no cristianos) aquello de que *“no hago aquello que quiero, sino que hago lo que no quiero”* (Rom. 7, 15) *“Yo soy capaz de querer el bien, pero no de realizarlo”* (Rom. 7,18), sino **una evidencia empírica** la dinámica destructiva en la sociedad actual más “avanzada”. El avance de la razón y el mal son compatibles y a veces forman poderosas alianzas. También es una evidencia la capacidad humana de autoengaño y de destrucción. **Las ciencias positivas y la razón no** llevan en sí mismas el saber hacer el bien, ni la voluntad de hacerlo. Pueden y suelen prestarse para hacer el mal. Sirven para matar y también para defender la vida y no depende de ellas mismas su aplicación para lo uno o lo otro. El discernimiento y el **para qué**, los ponen las personas, su sentido y su querer, pero pareciera querer imponerse un mundo donde se supriman esas dimensiones vitales.

3- El amor a la vida y en la vida no se resuelve sólo con la razón.

En ese sentido para las personas, instituciones y culturas, es cierto lo que afirma Pablo en la carta primera a los Corintios: *“Aunque tuviera el don de profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia.... Si no tengo amor, nada soy”* (1 Cor. 13, 2).

No vemos argumento racional positivista que demuestre que es más científico hacer casas de atención para los de la “tercera edad”, que eliminar a los ancianos que, luego de su vida productiva, se vuelven carga pesada e “inútiles” para la sociedad. Lo mismo podemos decir de los “niños de la calle”, de los presos por delincuentes, e incluso de algunos países enteros que en su pobreza pueden considerarse un lastre para la humanidad. La razón no da para más y con frecuencia se utiliza para justificar crímenes. Viene de otras fuentes la convicción del valor absoluto de la vida humana sin importar cuan débil, pobre y molesta sea la persona. ¿Es tan secundaria esa dimensión que se pretende lograr un mundo mejor sin cultivarla, sin espacio público para ella y con mera tolerancia de su sobrevivencia oculta?

Ante los logros e insuficiencias de la razón instrumental, no sólo se caen las promesas iluministas de plenitud, sino que surgen en toda persona honesta (creyente o no) las preguntas: ¿Dónde se aprende el amor que da sentido a la vida y la mejor aplicación de la ciencia para defenderla? ¿Dónde se aprende a no ser Caín, sino Buen Samaritano?

Es obvio que el mundo actual, donde los poderes (políticos y económicos) tienen a su servicio todo el potencial de la ciencia y la tecnología modernas, vive sin embargo en amenaza de muerte por agotamiento de recursos básicos y destrucción del medio ambiente; por la pobreza, la guerra, la incapacidad diálogo mundial entre distintas culturas que se reconocen y se valoran como parte de una humanidad única con pluralidad de pueblos, razas, culturas y religiones.

III. UNIVERSIDAD CATÓLICA, POBREZA Y DESARROLLO HUMANO

La educación superior católica en América Latina es una realidad con centenares de centros (unos 240) y cerca de un millón de estudiantes. No está en extinción, como pudo pensarse hace 30 años, sino en auge y con creciente demanda.

¿Cómo hacer para que tengamos una presencia más significativa en la búsqueda de soluciones y cómo la fe en Jesucristo, la inspiración cristiana y la identidad católica son más vigorosas en la Universidad y con modos propiamente universitarios?

La identidad de las universidades de **inspiración cristiana nos lleva a leer las sociedades y nuestra contribución a ellas** desde la perspectiva de la dignidad humana y específicamente desde la **“opción por los pobres”** para lograr sociedades más equitativas, dejando atrás la pobreza indigna.

Al vivir en un mundo globalizado y en un continente con formas seculares de dependencia y de subordinación, los latinoamericanos no podemos ignorar que los factores decisivos económicos, financieros, culturales y políticos, tienen su centro fuera de nuestros países, pero hay que evitar la fácil evasión de presentar de tal manera la dependencia externa que se olviden las responsabilidades de nuestras sociedades y de sus internas élites políticas, económicas y profesionales en los fracasos de nuestros países y se anulen nuestras propias posibilidades. Nuestra ineficiencia, la corrupción pública, la falta de espíritu empresarial con responsabilidad social, la demagogia política palabrera, y la carencia de espíritu público, de ciudadanía solidaria y de instituciones eficientes, contribuyen terriblemente a la miseria de las mayorías. Pero donde están los males, están también las posibilidades y tenemos numerosos éxitos multiplicables.

La globalización ha agravado algunos de nuestros problemas, pero también ha puesto a nuestro alcance medios nuevos que nos permiten cambiar más rápidamente los problemas que venimos arrastrando desde lejos.

A continuación vamos a señalar algunos elementos en los que las universidades católicas latinoamericanas podemos y debemos sobresalir cultivándolos como rasgos de nuestra identidad en un mundo globalizado:

1- Antropología solidaria e inspiración abierta a un Dios trascendente, cercano y hermanador, entendido y vivido como Amor personal, tal como se nos manifiesta con rostro humano en Jesús de Nazaret. En definitiva en Jesús se nos muestra Dios como Amor trascendente y no como reflejo servil de los poderes humanos, un Dios que es pura gratuidad y, por ello, nos revela el sentido de la vida que encontramos cuando nos abrimos como don hacia los otros. Para encontrar al yo y su realización es necesario abrirse a los otros, en el “nos-otros”. Esta no es simplemente una verdad cristiana para los cristianos, sino una revelación de la condición humana de toda persona en la que nos encontramos con lo más humano-divino de nosotros mismos.

2- Radical afirmación de la dignidad humana. Por la dignidad de ser humano (no por la fuerza, riqueza o belleza que se tenga) nadie puede ser reducido a simple instrumento de otro; cada uno tiene en sí mismo un fin trascendente. Importante recalcarlo en una cultura en la que tanto vales cuanto consumes o produces; o en sistemas políticos en los que las personas sólo son valoradas como fichas al servicio del poder.

3- Opción preferencial por los pobres. En los últimos 40 años la Iglesia latinoamericana “redescubrió” esta identidad evangélica fundamental y ayudó a que el conjunto de la Iglesia lo reactivara; la civilización humana misma debe examinar y aprender a medir su calidad humana por su relación a los pobres, oprimidos y marginados y por su decisión de liberarlos. Nosotros no proclamamos la opción por los pobres como un principio filosófico, ni como una medición racionalista, ni tampoco como una limosna. La Biblia nos dice que quien maltrata a la viuda, al extranjero, al huérfano y al pobre, se encontrará con la ira de Dios, pues El es defensor de los débiles. Jesús nos dice que lo que hacemos con el más pequeño lo hacemos con Él. Esa es la dimensión sagrada del pobre, su dignidad irreductible: quien la niega, niega a Dios y reniega de la vida. No son separables el amor a Dios y al prójimo, y los creyentes no podemos tener aquél sin éste.

La relación con el pobre concreto nos da la medida de nuestra fe, de nuestro sentido de la vida, de la calidad de nuestra economía y política. A esta luz evaluamos los sistemas políticos, económicos y culturales, apreciamos la marcha de nuestros países y actuamos responsablemente.

4- Afirmación de la razón y de los poderes como realidades necesarias para producir el progreso humano y, sin embargo, radicalmente ambiguas, cuyo ordenamiento humano requiere conciencia y discernimiento. Como universidad afirmamos la razón, las ciencias y las diversas formas de los saberes, y buscamos su máximo desarrollo, respetando la naturaleza de cada ciencia y sus leyes intrínsecas. Las necesitamos para desarrollar nuestros países.

Aunque el estudiante en su formación ética se prepare para el uso humanizador de todo ello, no sale a actuar en un campo neutral y sin resistencias al buen uso del Derecho o de la Economía. En el mundo hay una economía y unos intereses dominantes y las vigentes relaciones internacionales de poder no son neutrales. En la práctica la actuación humanizadora va a encontrar graves dificultades para lograr sociedades más justas y una globalización distinta, superando la pobreza de la mayoría de la humanidad, destinando a educación y salud de los países y de los sectores más necesitados los billones de dólares que hoy se destinan al armamentismo, por ejemplo. Hacer fuerte al débil, para que todos los países tengan empleo y desarrollo propio, para que sea eficaz la solidaridad con las generaciones que todavía no han nacido y no privarlos del medio ambiente de calidad..., mientras sean palabras de discursos protocolares serán aplaudidos, pero todo intento de ponerlo en práctica resulta subversivo por su contenido ético contracultural.

Es también una deformación pensar que hay alguna sociedad donde el mercado (que por cierto para su buen funcionamiento entraña ética y no exclusión) puede funcionar de manera beneficiosa, sin una buena institucionalidad y sin un Estado fuerte con leyes que se aplican para todos. No es de hoy sino de hace 76 años la luminosa afirmación de Pío XI *“Es de todo punto necesario, por consiguiente, que la economía se atenga y someta de nuevo a un verdadero y eficaz principio rector. Y mucho menos aún puede desempeñar esta función la dictadura económica que hace poco ha sustituido a la libre concurrencia”*(*Quadragesimo anno* N.88)

5- Pluralismo cultural y diálogo religioso. La inspiración cristiana nos lleva a reconocer al otro como otro en su dignidad e identidad. La radicalidad de la fe cristiana afirma la dignidad de los otros por el mero hecho de ser humanos en un mundo con diversidad de razas, religiones, género, culturas... En consecuencia, la universidad católica desarrolla una conciencia personal y un clima institucional que afirman, con visión universal, el diálogo intercultural y la valoración del otro, del que es distinto, del divergente.

En la aceptación ética se implica toda la persona y se comprometen su voluntad, afectividad, inteligencia y acción: La verdad ética es asumida de tal manera que orienta toda nuestra acción y estamos dispuestos a dar la vida por ella.

Estos son apenas los enunciados de algunos de los tesoros liberadores que encierra la fe cristiana y que en el mundo se echan de menos. Al iniciar este nuevo curso los tomamos como retos y también como un camino para ser universidades de verdadera calidad.

Ustedes, como miembros de AMIESIC (Asociación Mexicana de Instituciones de Educación Superior de Inspiración Cristiana) tienen la dicha de recibir este gran don y de sentirse inspirados y retados a convertirlo en luz y en obras de vida para los demás y para ustedes mismos.

Caracas febrero de 2008